

CONFIANZUDOS

Decir de ellos que son una plaga, es poco todavía.

No hay calamidad comparable a la que nos cae con un amigo confianzudo.

Por lo general, los que somos, así, de poco más o menos, estamos casi libres de esta clase de sujetos.

Y digo casi, porque no puede asegurarse en absoluto que de vez en cuando no nos coja alguno por su cuenta.

Pero los más castigados son los que por su posición oficial pueden hacer favores.

Para esos no hay más que gente que procure tratarles con la mayor intimidad.

Viste tanto eso de decir "¡Oh! ¿Con don Fulano? Lo que yo quiera... Precisamente somos uña y carne..."

Y se quedan cortos los que tal aseguran, porque, no uña y carne, sino entre uña y carne se colocan, *haciendo* de padrastos.

Desgraciado de aquel sobre quien ponga los puntos un confianzudo. Confianza tendrá, y tres más.

Los confianzudos se dan a conocer desde el primer momento, por el aire de franqueza con que lo dicen y hacen todo.

Desde el punto y hora en que os designan como sus víctimas propiciatorias, preparaos a ser graciosos, talentosos, ocurrentes, oportunos y a recibir cariñosos pelizcos en los brazos, estinjones en los hombros, palmadas en las espaldas y hasta cachetes en los carrillos y puñetazos en la barriga.

El que consiente estas afectuosas demostraciones es hombre perdido. Ya no hay tranquilidad posible para él.

Detrás de esto viene el tuteo o, por lo menos, las tentativas, y en seguida ofrecimientos de favores que no se les piden, para estar a la recíproca cuando haya que pedir algo gordo.

Para los confianzudos no hay en la vida puertas cerradas, horas de comer ni de dormir, ocupaciones ni secretos.

Por todo pasan y todo lo atropellan: con decir: "Eso no va conmigo, yo soy de la casa," creen que han cumplido.

Llegan a vuestro domicilio, os pescan en calzoncillos, o en el baño, o en otra parte donde no queiréis que os molesten; pero es imposible conternerles.

Entran gritando: "Soy yo; conmigo no hay cumplimientos que valgan; o hay confianza o no la hay."

De seguro que las más de las veces os entrarán ganas de contestar: "¡Pues no la hay ni la quiero, ni me hace falta!"; pero la consideración os sella los labios y, encima de estar violentos, tenéis todavía que darles las gracias.

Y os acompañan a la calle y os echan la mano por encima del hombro, para que la gente vea que gozan de gran predicamento y pueden permitirse toda suerte de libertades.

Hasta que llega el momento que pudiera llamarse *supremo*.

Que es el de solicitar algo, valiéndose de la influencia de los amigos con quienes por todos estos medios se ha llegado a tener confianza.

¡Y que no se saque raja de ellos, que ya les ha caído la lotería a los *pacientes*!

Porque entonces se volverán las tornas y andarán por ahí echando constantemente en cara lo que han hecho.

—Mire V.—me decía uno de estos confianzudos el otro día—que no recomendarme ese hombre, cuando yo le trataba como si fuera mi hermano, que le he dado la *mar* de cigarrillos y le he pagado el tranvía lo menos seis veces, que cuando he tenido un apuro he acudido a él con preferencia a otros, dándole así una prueba de mi amistad, salir ahora con que no me ayude... Eso para que crea V. en los amigos... ¡Vivir para ver!

A lo cual no se me ocurrió contestar otra cosa que...

—Eso digo yo: ¡vivir para ver!

M. ERREA.

J. A. NAVARRO

FOTOGRAFO

Para—

BANQUETES, BAILES
BAUTIZOS Y PARTYS
INFANTILES

Llame al

TELEFONO 5-54-57

A. Mabini 515

Ermita